

Subsidios litúrgicos
para la preparación de la
**Visita Apostólica del
Papa Francisco**

**DEMOS EL
PRIMER
PASO**



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



I. Subsidios litúrgicos dominicales 7

16 de julio - XV domingo
A ustedes, Dios les ha concedido conocer los misterios del Reino 11

23 de julio - XVI domingo
Acudir a la fuerza es signo de debilidad y miedo 17

30 de julio - XVII domingo
Entender desde lo nuevo y desde lo antiguo 21

6 de agosto - Fiesta de la Transfiguración del Señor
Es al Hijo de Dios a quien debemos escuchar 25

13 de agosto - XIX domingo
Cuando lo inmediato hace perder de vista el horizonte 29

20 de agosto - XX domingo
De la comida de los hijos a la comida de la mesa del amo 33

27 de agosto - XXI domingo
La fe: don de Dios para descubrir su presencia y su actuar con nosotros 39

3 de septiembre - XXII domingo
Asumir el «nuevo rumbo» también fue difícil para los primeros discípulos 45

2. Celebración penitencial 51

3. Celebración mariana (2 de septiembre) 59

4. Adoración eucarística (Víspera de la llegada del papa Francisco - 5 de septiembre) 67



Arquidiócesis de Bogotá

Vicaría de Evangelización
2017

Esta publicación está bajo una licencia *Creative Commons*
Atribución – No comercial – Compartir igual



Diseño, diagramación de contenidos e impresión:

Instituto San Pablo Apóstol
Cra. 24B No. 29A-02 Sur
PBX: 746 2138
www.ispaeducacion.edu.co

1. Subsidios litúrgicos dominicales

El leccionario del tiempo durante el año

Al tiempo litúrgico «*Per annum*» se le suele llamar tiempo ordinario. Este adjetivo es poco afortunado, pues nos induce a pensar en algo que no tiene importancia por ser habitual. En la reforma litúrgica promovida por el Vaticano II este periodo del año litúrgico es el que más transformación ha tenido. Si bien durante estas semanas no se celebra algún aspecto particular del misterio de Cristo, su peculiaridad está en que «se recuerda el misterio de Cristo en su plenitud, principalmente los domingos» (Calendario romano, 43).

Para penetrar en el misterio de Cristo, el leccionario dominical nos ofrece como guía el relato de uno de los evangelios sinópticos. El leccionario para los domingos «*Per annum*» está estructurado sobre la lectura, más o menos continua, de los acontecimientos de la vida de Jesús desde el inicio de su predicación en Galilea, siguiendo luego los pormenores de su viaje a Jerusalén hasta finalizar con su ministerio en el atrio de templo, los días inmediatamente anteriores a su pasión.

Para la primera lectura de cada domingo el leccionario ha seleccionado un texto del Antiguo Testamento que guarda relación con la escena del evangelio; para la segunda se propone la lectura semicontinua de las cartas de San Pablo, de Santiago y a los hebreos. Así que hay una relación entre la primera lectura y el evangelio, mientras que la segunda lectura sigue un curso autónomo, por lo que no necesariamente coincide en el tema con el evangelio.

SIGLAS

- GS Pablo VI, Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 1965.
- IGMR Instrucción General Misal Romano, 2007.
- SC Pablo VI, Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, 1963.

Los textos escogidos para los domingos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua apuntan hacia un tema común y de este modo se facilita la instrucción homilética para estos tiempos litúrgicos; en cambio, los domingos «*Per annum*» seguimos el desarrollo de la evangelización de Jesús. Por ello, en la lectura secuencial del respectivo evangelio sinóptico encontramos una importante clave para la homilía.

Por estar estructurado el leccionario dominical «*Per annum*» en la lectura semicontinua del relato de uno de los sinópticos, es útil que el homileta tenga presente el hilo conductor que se propone en la narración para que pueda así prestar un mejor servicio en la misión de ayudar a la comunidad a adentrarse en el misterio de Cristo.

Para estos meses de preparación a la visita del papa Francisco, proponemos esta secuencia en la narración del evangelio según San Mateo que nos ofrece el leccionario dominical.

FECHA	DOMINGO	MATEO	NARRACIÓN
Jul 16	XV	13 1-23	Inicio del sermón en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar»
Jul 23	XVI	13 24-43	Continuación del sermón en parábolas: «Déjenlos crecer juntos hasta la cosecha»
Jul 30	XVII	13 44-52	Finalización del sermón en parábolas: «Un dueño de casa va sacando cosas nuevas y cosas viejas»
Ago 6	Transfig	17 1-9	«Su rostro se puso brillante como el sol»
Ago 13	XIX	14 22-33	Jesús camina sobre el agua, Pedro pide hacer lo mismo «Pero al sentir la violencia del viento, le dio miedo y empezó a hundirse»
Ago 20	XX	15 21-28	La insistencia de una mujer cananea vence a Jesús: «¡Mujer, qué grande es tu fe!»
Ago 27	XXI	16 13-20	La doble pregunta de Jesús y la confesión de fe de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Tú eres Pedro»
Sep 3	XXII	16 21-27	Inicio del viaje a Jerusalén: «Si alguno quiere venir conmigo, renuncie a sí mismo»

A ustedes, Dios les ha concedido conocer los misterios del Reino

Hoy y los siguientes dos domingos (XVI y XVII), estaremos leyendo en el Evangelio de la misa, el tercer discurso o sermón de Jesús en el relato de Mateo, el sermón en parábolas.

El texto del Evangelio de este domingo tiene tres partes: la primera parte, muy breve, contextualiza el sermón en parábolas; la segunda presenta el desconcierto de los discípulos por la novedosa manera de hablar Jesús a la gente; y la tercera parte es la interpretación alegórica que ofrece Jesús sobre la historia del sembrador.

En la narración de Mateo que venimos siguiendo los domingos de este año en el evangelio de la misa, hoy ocurre un importante cambio en la manera de presentar el mensaje. Hasta el momento Jesús ha venido manifestando y haciendo presente el Reino entre las personas a través de palabras y hechos liberadores; también hemos leído de los recelos por parte de las autoridades judías y de los fariseos. Ahora Jesús cambia de estrategia; de hecho, antes Mateo expresaba que Jesús predicaba (en griego, *kerysso*) y enseñaba (*didasko*), en el texto de hoy dice que habla (*laleo*) en parábolas.

Es importante notar que al inicio del sermón en parábolas se forman dos auditorios: 1. La multitud grande que se queda de pie en la orilla y 2. Los que acompañan a Jesús en la barca, sus discípulos –presumimos del texto–. A la multitud Jesús «le habla muchas cosas en parábolas». Es en este contexto en el que Jesús narra la historia del sembrador.

Resulta fundamental detenernos en la reacción de los discípulos, compañeros de Jesús en la barca; ellos interrumpen lo que asomaba como el inicio de una serie de parábolas y preguntan extrañados: «¿Por qué les hablas en parábolas?».

En este punto es preciso desmontar aquello de que Jesús acude a las parábolas para hacerse entender de una forma llana o espontánea. Esta manera de abordar las parábolas no es tan clara, al menos en este pasaje; por el contrario, aquí las parábolas están más cerca de ser una estrategia para estimular el trabajo del oyente en orden a hallar un sentido hondo en la historia contada. Lo que pudiéramos llamar «la táctica de la parábola» consiste en velar la enseñanza profunda a quienes sólo se conforman con oír historias, las más de las veces cotidianas.

Esta doble forma de recibir las enseñanzas de Jesús puede estar evocando el acento que hacía Jesús en el Evangelio del domingo pasado: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Podemos entender que la revelación es obra del Hijo de Dios que actúa en la persona que se deja encontrar por Él y que está dispuesta a acogerlo para seguirlo; permanecen de espaldas a la revelación quienes se conforman con oír y nada más.

En la segunda parte del Evangelio de este domingo, se presenta la perplejidad de los discípulos ante esta forma «enigmática» del proceder de Jesús. «¿Por qué les hablas en parábolas?». En la respuesta de Jesús vuelven a aparecer los dos auditorios definidos al inicio: los de la barca y los que están de pie en la playa.

«A ustedes Dios les ha concedido conocer los misterios del Reino». Entendemos que el pronombre «ustedes» se aplica a los discípulos –los que están con Jesús en la barca– que vienen a ser los «pequeños» a quienes el Hijo les revela estas cosas, como escuchábamos el domingo anterior.

«Pero a ellos no», «ellos» –los que están de pie en la orilla–, la multitud grande que se contenta con oír historias ejemplarizantes, no

acceden a los misterios del Reino. Así ha tenido a bien realizarlo el Padre, Señor del cielo y de la tierra.

Se concluye que es necesario seguir a Jesús, ser discípulos suyos, «embarcarnos con Él», para que el Padre nos revele los misterios del Reino, los misterios que el Hijo revela a quien se los quiere revelar. La sorpresa manifiesta de los discípulos evidencia que la historia narrada en la parábola por sí misma no es suficiente, que en ella hay un sentido latente que requiere de una búsqueda, pero los de la orilla «mirando no ven y escuchando no oyen ni entienden».

Jesús, el mistagogo, lleva a los discípulos a los misterios del Reino, pero no solo explica conceptualmente el proyecto de Dios, sino que lleva al hombre a participar del acontecimiento revelado en Él y por Él.

El Evangelio de hoy, más que la historia del sembrador, plantea dos maneras de situarnos ante la revelación y la obra de Jesús, podemos hacer parte de «ellos» –la multitud que permanece de pie en la orilla– o pertenecer a los discípulos que están en la barca con Él. La multitud de la orilla «es dura de oído, ha cerrado los ojos para no ver con los ojos ni oír con los oídos ni entender con el corazón», es la tipificación de los sabios y entendidos del Evangelio del domingo pasado.

Por su parte la descripción del camino del discípulo implica ver con los ojos, oír con los oídos y entender con el corazón. Jesús, el hermenéuta, lleva –a quien lo sigue– a pasar del ver y del oír a entender con el corazón. Estamos ante el proceso de conversión que se realiza por el amor misericordioso (por la gracia) y que lleva a hacer fecunda la vida del discípulo. Comprender con el corazón lleva a producir fruto del ciento, del sesenta, del treinta...

Elementos mistagógicos

Indudablemente, la renovación de la Iglesia promovida por el Concilio Vaticano II, en buena parte, tiene su fuente en el acercamiento a la Sagrada Escritura. En la acción litúrgica, hablamos de sacramentalidad

de la palabra en el sentido que en la celebración acogemos la presencia de Cristo que habla a su pueblo, «pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura» (SC, 7); la liturgia de la palabra se ha de celebrar «de tal manera que favorezca la meditación; por eso se ha de evitar en todo caso cualquier forma de apresuramiento que impida el recogimiento» (OGMR, 56).

La liturgia de la palabra es sacramento porque el acto de leer los textos de la Escritura para que sean acogidos en la fecundidad de la vida del creyente es la realización del amor de Dios salvando. Esto se puede entender mejor desde las palabras de Jesús en el evangelio de este domingo: «A ustedes Dios le ha concedido conocer los misterios de su reinado». En este sentido, el ministerio del homileta es asimilable a la labor de Jesús como hermeneuta.

Oración de fieles

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios Padre todopoderoso y pidámosle que venga en ayuda de su pueblo y lo socorra en sus necesidades.

1. Para que el Señor infunda en el papa Francisco y en los demás obispos un celo ardiente por anunciar el Evangelio a los pueblos que no conocen a Jesucristo.
2. Para que la buena semilla del Reino arraigue en todos los pueblos de la tierra y el mundo pueda gozar de justicia auténtica y paz verdadera.
3. Para que los que sinceramente buscan a Dios encuentren la verdad que desean y, habiéndola encontrado, descansen contemplándola.
4. Para que en su próxima visita a nuestra ciudad el papa Francisco nos instruya en los misterios del Reino de los cielos y de esta manera experimentemos la alegría que produce el Evangelio de Jesucristo.

5. Para que entre los miembros de nuestra parroquia arraiguen la fe verdadera, todos vivamos los valores del Reino de los cielos y florezca el celo ardiente por anunciar con nuestras obras el Evangelio a los que no conocen a Jesucristo.

Escucha, Padre santo, las oraciones de tus hijos y aumenta en nosotros el deseo sincero de conocer los misterios de tu Reino para que, viendo con los ojos, oyendo con los oídos y entendiendo con el corazón, nuestra vida fructifique en obras de justicia y paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Acudir a la fuerza es signo de debilidad y miedo

En la lectura del relato según San Mateo, el domingo pasado iniciamos la lectura del sermón en parábolas con la historia del sembrador y la justificación de la estrategia de Jesús de hablar a la multitud solo en parábolas. De todo ello, concluíamos que es necesario hacerse seguidor del Maestro (hacerse discípulo) para captar los misterios del Reino. En el texto que continuamos leyendo este domingo encontramos la narración de tres nuevas historias o parábolas.

Jesús introduce cada una de las historias presentándola como comparación que lleva a comprender el Reino de los cielos; a continuación de la introducción, Jesús narra la realización de una acción; las parábolas generalmente describen una situación inicial, un acontecimiento y una situación final nueva.

Esta forma de presentar el Reino a través de narración de acontecimientos nos hace pensar en un proyecto que se realiza en la historia más que en un estado final ideal. Es lo que podemos llamar la dimensión histórica del Reino o de la salvación que Dios nos ofrece en Jesucristo. Las parábolas nos impulsan a comprender cómo Dios está realizando su proyecto de salvación en la historia personal y comunitaria de los discípulos.

Con las parábolas, Jesús explica a sus discípulos la manera como Dios (Padre) está llevando a cabo en el mundo el proyecto de salvación o, dicho de otra forma, en las parábolas sobre el Reino, Jesús nos descubre la forma como Él percibe su actuar, pues el Reino es la misma presencia de Jesús en medio de la humanidad.

En este sentido, las parábolas nos desentrañan la acción evangelizadora de Jesús al tiempo que nos esclarecen las condiciones para acoger el misterio que solo les dado conocer a los discípulos. Asimismo, a través de las enseñanzas de las parábolas reconocemos la manera cómo se continúa hoy la misión de Jesús por medio de la Iglesia. Desde esta perspectiva asomémonos a las tres parábolas del evangelio de la misa de hoy.

En la primera parábola, la historia de la semilla buena y la mala hierba (trigo y cizaña) se construye a partir de cuatro elementos: la siembra, la buena semilla, el campo y la mala hierba; en nuestro interés por descubrir en ello la misión de Jesús –y de la Iglesia– bien podemos entender respectivamente la misión (siembra), el Reino (buena semilla), el mundo (campo) y la resistencia al proyecto del Reino (mala hierba).

El momento crítico de la narración de esta historia se presenta en la inesperada respuesta del patrón a la iniciativa de los trabajadores por eliminar la mala hierba: «Déjenlos crecer juntos hasta la cosecha». La actitud de los obreros nos pone en evidencia quizá como agentes pastorales, formados en un ambiente de «cristiandad», imaginándonos el Reino como la fuerza absoluta y soberana de Dios que se impone sobre los que piensan diferente, persiguiendo hasta el último rincón a pecadores para crear una comunidad pura de santos.

Pero el proyecto del Reino se está realizando en el mundo de otra manera. En este punto converge la primera lectura (Sb 12, 13.16-19): «Tú demuestras tu fuerza a los que dudan de tu poder total. (...) enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano, y diste a tus hijos la dulce esperanza de que, en el pecado, das lugar al arrepentimiento». La fuerza es signo de debilidad y miedo.

La historia de la buena semilla y la mala hierba hay que leerla junto a las dos siguientes para no caer en la tentación de considerar la Iglesia como una «secta de puros». El Reino hoy no puede ser considerado como lo totalmente diferente al mundo, pues la misión de Jesús –y de la Iglesia– consiste en hacer presente el Reino en el mundo. Las

otras dos parábolas (la semilla de mostaza y la levadura) revelan la manera como Jesús entiende que se implanta el Reino en el mundo y lo transforma.

La semilla minúscula de mostaza que un hombre siembre, se desarrolla hasta llegar a ser un árbol. La desproporción entre un inicio casi imperceptible y un futuro incontrovertible nos lleva a comprender que el Reino no es algo que nosotros calculamos o nos imaginamos. De otra parte, la historia de la levadura que se oculta (en griego *egkrypto*, encriptar) en la masa y realiza un trabajo sin parar a fin de fermentarlo todo hace pensar en la dinámica del Reino.

En las dos breves parábolas, el trabajo de un hombre sembrando una semilla pequeña y de una mujer «encriptando» fermento (o levadura) reconocemos junto con la dinámica del Reino, la misión, primero de Jesús y luego de la Iglesia, de hacer presente el Reino en el mundo.

Elementos mistagógicos

Que el Reino es el proyecto que Dios está realizando en la historia nos lo puede ayudar a comprender la adecuada realización del rito de la presentación del pan y el vino para la Eucaristía. Pero eso es necesario tomar conciencia que la reforma litúrgica desde hace cincuenta años dejó de hablar de «ofertorio» para denominar «preparación de los dones». Durante los diez siglos anteriores a la reforma del Vaticano II, antes de iniciar la recitación del «canon», durante el «ofertorio» el sacerdote recitaba una serie de oraciones privadas expresando la ofrenda del sacrificio y su indignidad para celebrarlo.

En la valoración del Vaticano II expresada en las nuevas anáforas se remarca que el ofertorio o la ofrenda del sacrificio de la misa es Cristo mismo que se ofrece al Padre y nos ofrece juntamente con Él: «Al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio

vivo y santo». La misa no es la representación de la última cena, es el memorial de la Pascua de Cristo.

En la presentación -que no ofertorio- del pan y del vino el sacerdote dice que «este pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres» que recibimos de la generosidad de Dios, será pan de vida. A partir de unos elementos humanos (pan y vino) la historia de la salvación continúa manifestándose para nosotros hoy.

Oración de los fieles

Invoquemos, hermanos, a Dios todopoderoso con una oración tan pura y humilde, que merezca obtener lo que pedimos.

1. Por la santa Iglesia, para que Dios, nuestro Señor, le conceda la paz y la unidad y la proteja en todo el mundo.
2. Por los gobernantes de nuestro país, para que Dios, nuestro Señor, dirija sus pensamientos y decisiones hacia una verdadera paz.
3. Por los que están en camino de conversión, por los que se preparan para celebrar los sacramentos, para que Dios, nuestro Señor, les abra la puerta de su misericordia y les dé parte en la vida nueva de Cristo Jesús.
4. Por el papa Francisco, para que Dios nuestro Señor, lo asista con el espíritu de sabiduría y prudencia y sus enseñanzas en su visita a nuestra patria nos ayuden a reconocer el camino de la reconciliación para la construcción de una sociedad más tolerante e incluyente.
5. Por nuestros familiares y amigos que no están ahora con nosotros, para que Dios, nuestro Señor, escuche sus oraciones y lleven a buen término sus deseos.

Que nos sostenga, Padre santo, la fuerza y paciencia de tu amor, para que aguardemos la manifestación de tu Reino viendo crecer una humanidad nueva que Cristo, con su retorno glorioso, hará brillar como el sol. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Entender desde lo nuevo y desde lo antiguo

En nuestra lectura del Evangelio según san Mateo, en este domingo llegamos a la parte final del sermón en parábolas que hemos estado siguiendo los últimos domingos. En este sermón Jesús nos ha compartido, desde su experiencia de evangelizador, que el Reino es el proyecto de salvación que Dios ya está realizando en cada uno de nosotros y en la vida del mundo, y también que este proyecto tiene resistencia u opositores (el trigo y la mala hierba).

El Evangelio de hoy tiene dos partes, en la primera hallamos tres cortas parábolas sobre el Reino de los cielos; en la segunda tenemos una breve evaluación del Maestro para concluir la enseñanza en parábolas.

La primera parábola presenta el Reino como «un tesoro escondido», la segunda como «un comerciante». En cada una de ellas el desarrollo central de la historia es similar: vender todo lo que se tiene para poseer el Reino. Sin embargo, es útil notar en la primera parábola que quien ha descubierto el tesoro se llena de alegría y es precisamente esta alegría la que lo impulsa a vender todo lo que tiene.

Con este ejemplo de «vender todo lo que se tiene» estas parábolas ponen ante nosotros la pobreza como la apertura personal para ser hombre o mujer del Reino. El auténtico descubrimiento del Reino implica asumir la pobreza como un valor, ello lo podemos entender a partir de la alegría que mueve a desprenderse de todo para acceder al Reino.

En otros lugares del relato de Mateo, Jesús presenta la pobreza como la renuncia necesaria para acoger el don gratuito de Dios.: «Dichosos los pobres (...) porque de ellos es el Reino»; «No es posible servir a Dios y al dinero»; «Ve y vende tus bienes y da el dinero a los pobres; así tendrás un tesoro en los cielos. Luego ven y sígueme».

En el itinerario de iniciación cristiana esta alegría que impulsa a una nueva manera de orientar la propia existencia se la puede entender como la respuesta al kerigma que «no es solo una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo. Sin el kerigma, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad» (Aparecida, 278a).

En la segunda parte del Evangelio de hoy tenemos la conclusión de la enseñanza en parábolas, esta conclusión nos lleva de nuevo al inicio de esta forma de enseñar que leímos hace dos domingos. La enseñanza en parábolas es una estrategia que se inicia con la narración de una historia, se narra una historia para «sacar» de ella un sentido que explica cómo el Reino se está realizando en el presente. En el Evangelio de hoy, al final de la enseñanza en parábolas, Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Entienden todo esto?». Los discípulos responden que sí.

Entonces Jesús, mediante una comparación muy breve, explica el sentido de «entender los misterios del Reino». En esta breve comparación llama la atención la mención de un «escriba que se ha hecho discípulo del Reino», más que a un maestro de la Ley judía, esta forma de llamar se refiere a quien ha optado por el Reino. Esto es lo central: quien se ha hecho discípulo del Reino va sacando de su cofre «cosas nuevas y viejas». Esta afirmación se refiere a la misión profética del discípulo de Jesús. Cada uno de nosotros al ser bautizados, somos consagrados por Dios, como profetas (véase el sentido de la unción con el santo crisma como rito explicativo del bautismo), esta consagración como profeta -también como sacerdote y rey- es don de Dios para desarrollar o madurar la vida iniciada con el bautismo.

El discípulo de Jesús, por su consagración como profeta va descubriendo como se está realizando el proyecto del Reino en lo nuevo, en la situación que ofrece nuestra cultura y nuestra sociedad, y también en lo antiguo, es decir, en lo que generaciones anteriores han vivido como actualización del proyecto de Dios y que nos lo han transmitido. En la petición del rey Salomón en la primera lectura, se expresa la necesidad de este sentido profético para descubrir el tesoro escondido, es decir, la presencia salvadora de Dios realizando su proyecto de Salvación en la realidad de nuestro mundo hoy.

Elementos mistagógicos

Del sacerdote que celebra la misa esperamos que más que «decir misa», con su ministerio ayude a la asamblea reunida a «poner por obra» el gesto de la eucaristía. Los sacramentos, también la eucaristía, son gestos o acciones humanas de las que Cristo se vale para actualizar su Pascua para los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar. El gesto humano de la eucaristía consiste en una reunión de hermanos para comer juntos.

De la larga tradición de siglos se toman elementos para poner por obra de nuevo aquella experiencia de Jesús con el primer grupo de discípulos: pan y vino mezclado con agua, unas vestiduras festivas, unos textos sagrados, oraciones, etc. Pero también en la celebración nuestra, hay aportes de cada uno a partir de su experiencia del amor de Dios en su diario vivir. El Espíritu Santo no nos reúne para seguir a pie juntillas un ritual de siglos, nos reúne para continuar profundizando en nuestra memoria común y a partir de ello tomar conciencia de cómo Dios está realizando su proyecto de salvación del mundo.

Oración de fieles

Pidamos, hermanos, al Dios de misericordia que auxilie nuestra pequeñez para que podamos invocar su nombre con la confianza de que seremos escuchados.

Es al Hijo de Dios a quien debemos escuchar

La oración colecta de la fiesta de hoy propone el misterio de la transfiguración como «la confirmación de los misterios de la fe» y la revelación de nuestro destino último y pleno como discípulos de Jesús, de ahí se deriva la petición de la gracia de vivir en obediencia a la Palabra para que el proyecto de Dios se termine de realizar en nosotros.

El texto de la primera lectura corresponde a una de las visiones apocalípticas narradas en el libro de Daniel; previamente a los versículos que escuchamos hoy, se han presentado en la misma visión cuatro fieras que atormentaban a la humanidad, entonces viene una especie de juicio universal en el que Dios mismo se hace presente, la descripción de su aspecto nos ofrece elementos que nos llevan a pensar en la manifestación de Cristo transfigurado. En la segunda parte el texto de Daniel refiere la llegada de un personaje con figura humana (antagónico de las cuatro bestias), el cual es capaz de liberar a la humanidad de todo tormento pues recibe de Dios la dignidad real y con ello todo el poder. Este personaje es llamado Hijo de hombre, denominación de profundo sentido mesiánico.

En la segunda lectura escuchamos unos versículos de la segunda carta de San de Pedro; una de las dificultades a las que busca responder esta epístola es el desánimo por retraso de la parusía, como argumento que avala la predicación del apóstol se ofrece el fragmento que leemos hoy: el anuncio sobre la venida de Cristo en gloria no se fundamenta en un mito, pues el autor ha visto personalmente la gloria de

1. Por la santa Iglesia reunida aquí en el nombre del Señor y extendida por todo el mundo, roguemos al Señor.
2. Por nuestro país, por su prosperidad y por todos los que en él vivimos, roguemos al Señor.
3. Por los que están de viaje, por los enfermos y prisioneros, por los pobres y por todos los que sufren, roguemos al Señor.
4. Por el papa Francisco, por la misión que recibió de orientar a la Iglesia universal, por su viaje apostólico a nuestro país, roguemos al Señor,
5. Por nuestros hermanos difuntos, para que Dios los reciba en su reino de luz y felicidad, roguemos al Señor.

Señor Dios, que en Cristo nos has hecho descubrir el tesoro escondido de tu Reino, infunde en nosotros la gracia de una auténtica conversión que nos lleve a desprendernos de todo impedimento para vivir con autenticidad nuestra fe cristiana en medio de las cambiantes circunstancias de nuestra sociedad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Cristo en el monte (Tabor). El misterio de la transfiguración, como lo presenta también la oración colecta, corrobora la validez del anuncio sobre la filiación divina de Jesús, al tiempo que confirma lo anunciado en las Escrituras acerca de Él.

En el Evangelio, San Mateo describe la experiencia de una «visión» en el sentido apocalíptico. En los escritos apocalípticos visión es sinónimo de revelación en cuanto que es Dios quien lleva al vidente a ver, evidentemente se trata de algo mucho más que de un acontecimiento humano relacionado con el sentido de la vista. La visión es infundida por Dios en el hombre y cuando se narra suele comprender estos tres elementos: ver unas imágenes, oír una voz y el vidente cae de bruces.

Por medio de la visión que leemos en el Evangelio de este día, el evangelista quiere expresarnos quién es Jesús. Este episodio es antagónico al de las tentaciones (Mt 4, 1-11) los dos coinciden en la mención de la subida a un monte alto, pero mientras en las tentaciones el diablo quiso desvirtuar la filiación de Jesús -«Si de veras eres el Hijo de Dios»- en la transfiguración es el Padre quien declara que Jesús es su Hijo.

Cuando Pedro manifiesta su voluntad de levantar tres enramadas, es una nube la que los cubre a todos; aunque Moisés y Elías hablan con Jesús, el sentido de la visión lo esclarece la voz que sale de la nube para declarar: «Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo mi complacencia». En esta visión, como en el episodio del bautismo, el revelador de Jesús es el Padre.

El imperativo de escuchar al hijo indica que la palabra de Jesús relativiza la revelación del Antiguo Testamento, así como Moisés y Elías no dirigían su palabra a los discípulos, pero ellos sí son llamados a escuchar al Hijo, el Antiguo Testamento es interpretado desde las enseñanzas de Jesús.

Oración de fieles

Invoquemos, hermanos, a Dios, nuestro Padre, que, al revelarnos la gloria de su Hijo muy querido, nos muestra la esperanza a la que estamos llamados.

1. Para que Dios conceda a todos los bautizados encontrar su gozo en el hecho de que la luz de la gloria del Señor les revela la consumación de su vocación.
2. Para que quienes empiezan a sentirse atraídos por el Evangelio encuentren quien les ayude a transformar la admiración en fe plena en Jesucristo.
3. Para que Dios fortalezca a los enfermos con la esperanza de que su condición frágil será transformada según el modelo de la condición gloriosa de Jesucristo.
4. Para que Dios haga que el mensaje alegre del Evangelio que nos traerá el papa Francisco fructifiquen en nuestra vida cristiana y por ello se vaya transformando nuestra sociedad.
5. Para que el Dios de la gloria, que nos llama a vivir en su presencia, nos conceda el espíritu de contemplación y oración, de manera que gustemos ya desde ahora el gozo que nos tiene preparado en el cielo.

Escucha nuestra oración, Dios todopoderoso y eterno e ilumínanos con tu gracia, para que vivamos siempre a la espera de la manifestación de Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Cuando lo inmediato hace perder de vista el horizonte

El episodio del Evangelio de este domingo lo asumimos como una catequesis sobre la fe en el Señor Jesús. En la lectura del relato del Evangelio según San Mateo que cumplimos los domingos de este año estamos siguiendo una serie de hechos de la vida de Jesús que vienen a ser la 'puesta por obra' de aquello que Jesús explicó en las parábolas: el Reino de los cielos como el proyecto que Dios está llevando a cabo en la historia del mundo.

En la traducción del leccionario colombiano el pasaje del evangelio de hoy se inicia con la disolución de la 'comunidad de la mesa' después de que la multitud comió de los panes y los pescados que Jesús repartió con generosidad, que no leímos por haberse cedido la precedencia litúrgica a la fiesta de la transfiguración. A continuación de aquella experiencia del Reino regresamos a la cotidianidad, es como si Jesús apremiase a salir de la celebración para descubrir el Reino en la fatiga de cada día.

En este contexto la imagen de los discípulos en la barca evoca el llamado a ser pescadores, y la condición de navegar con el viento contrario trae a la memoria la advertencia que Jesús hacía sobre las dificultades en la misión. La situación crítica de los discípulos en la barca se describe con tres elementos: es de noche, están sobre el agua y hay una tormenta. «Cuando anocheció, la barca se había alejado mucho de tierra y las olas la sacudían violentamente».

En contraste con la situación atribulada de los discípulos, Jesús se presenta seguro y caminando sobre el agua, como sobreponiéndose a la situación adversa. Entonces Pedro, con algo de desconfianza ante esta revelación de Jesús, quiere hacer como hace Jesús: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti caminando sobre el agua». Jesús responde al pedido de Pedro con una invitación: «¡Ven!».

Mientras que para los discípulos asustados la presencia de Jesús es fantasmal, el texto revela la cercanía cierta de Jesús en medio de la tribulación como palabra para ser acogida, y es precisamente por la obediencia del discípulo que esta palabra se constituye en fundamento. La palabra creída hace que Pedro llegue a hacer como hace Jesús. Por la obediencia a la palabra el discípulo realiza lo que realiza Jesús.

Pedro obedece a la palabra del Maestro, baja de la barca y comienza a caminar sobre el agua hacia Jesús. Pero hay un momento en el que el discípulo deja de fiarse en la palabra de su Maestro por fijarse en la fuerza del viento, es cuando el miedo lo aparta de hacer lo que hace Jesús y comienza a hundirse. Es como si lo inmediato hiciera perder de vista el horizonte que despliega ante nosotros la palabra de Jesús.

Aquel programa del Reino descrito en las parábolas aparece diluido cuando lo que tenemos delante se presenta amenazador. A este 'esfumarse' del horizonte de la palabra, Jesús lo llama falta de fe, desconfianza.

En este punto podemos integrar dos nociones de fe, la primera como esperanza, es decir, la fe como confianza. Desde esta primera aproximación a la noción de fe, el discípulo experimenta cómo en su vivencia creyente el Señor asume y supera la duda, por la fe-esperanza el discípulo experimenta cómo el mismo don de Dios, que es la fe, no permite que se desvanezca el horizonte que la palabra de Jesús despliega ante nosotros.

También podemos recoger del episodio del Evangelio de este domingo una segunda noción que nos aproxima a la fe. Ésta como la acción

de Dios que despierta vida dentro del creyente, esto es, la fe como el actuar de Dios que engendra en el ser humano la vida que Dios precisamente quiere para la humanidad. Por esta vida que Dios engendra en el discípulo, Pedro avanza hacia Jesús y hace como Jesús. Por este don de Dios el ser humano comienza a vivir ya la vida divina.

Al final del episodio, podemos entender la confesión de fe de los discípulos —«¡Verdaderamente eres el Hijo de Dios!»— como el reconocimiento de que Jesús ha mostrado en medio de la tribulación y de la duda de Pedro que el hombre, al obedecer la palabra del Maestro, puede llevar una vida como la de Jesús.

Elementos mistagógicos

Dentro de la plegaria eucarística la asamblea interviene mediante tres aclamaciones, una de ellas es la «aclamación al memorial». En el programa narrativo de la plegaria, después de la narración de la institución de la eucaristía el sacerdote dice: «Este es el misterio de la fe» y la asamblea lo afirma diciendo: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...». Con el texto de esta aclamación la liturgia expresa la eucaristía como misterio de fe y la relaciona con la historia de salvación en su triple dimensión temporal de pasado, presente y futuro.

En primer lugar, el texto de la aclamación mira al pasado para afirmar que en la entrega de Jesús y su muerte en la cruz tenemos el origen de lo que estamos celebrando; la eucaristía es el memorial de la Pascua de Jesús. Luego, consideramos el presente al declarar que si hoy estamos reunidos celebrando la eucaristía es porque Él de verdad resucitó, esta es la prueba de la resurrección en la vida de los cristianos en el mundo hoy. En tercer lugar, dándonos cuenta de que nuestra vida cristiana está amenazada y de que pareciera que el mal nos venciera, anhelamos la plenitud del Reino y contemplando el futuro decimos «¡Ven, Señor Jesús!»; es como el grito de Pedro cuando comienza a hundirse.

Oración de fieles

Invoquemos, hermanos, con un corazón unánime y una plegaria ferviente, a Dios Padre, fuente y origen de todo bien.

1. Oremos por la santa Iglesia, para que Dios, nuestro Señor, aumente el número de sus fieles, aleje de ella toda división y escuche las plegarias que le dirigen los cristianos del mundo.
2. Oremos también a nuestro Señor por los gobernantes de nuestra patria, para que Dios les dé sabiduría y fuerza para gobernar con paz y justicia.
3. Oremos también por nuestra Iglesia arquidiocesana, para que nuestro Señor conceda a nuestro Arzobispo y los pastores que lo ayudan en su ministerio, sabiduría para responder a los desafíos de la nueva evangelización.
4. Oremos también por la próxima visita del papa Francisco, para que nuestro Señor aliente nuestra vida cristiana a través de sus enseñanzas y así aceptemos las diferencias, tengamos el deseo sincero de perdonar el mal que nos hayan hecho otras personas y así seamos constructores de paz.
5. Oremos también a nuestro Señor por los que en este domingo nos hemos reunido aquí en su nombre, por el párroco (o el sacerdote) que nos preside; para que el Señor escuche nuestras oraciones y nuestras peticiones le sean siempre agradables.

Padre misericordioso, que con tu poder dominas la creación, escucha nuestras oraciones y haz que te reconozcamos presente y activo en todos los acontecimientos de nuestra historia, para que sepamos así afrontar las pruebas con serenidad y avancemos confiados hacia la paz de tu Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

20 de agosto - XX domingo

De la comida de los hijos a la comida de la mesa del amo

En el conjunto de la secuencia de nuestra lectura del relato de Mateo en la misa dominical, después de las parábolas que exponen el proyecto del Reino de los cielos, los episodios que se narran a continuación vienen mostrando cómo este proyecto se desarrolla en la historia; desde esta perspectiva el encuentro de la mujer cananea con Jesús nos impulsa a ver cómo el Reino florece más allá de las fronteras étnicas de Israel.

El domingo pasado nos encontrábamos con una escena que propusimos como una catequesis sobre la fe, fe que engendra en el discípulo la vida de Dios, el episodio que leemos hoy nos lleva a descubrir otro aspecto de la fe como aquel don de Dios que atrae y dispone al creyente para acoger en su misma realidad el Reino.

El evangelista sitúa el episodio de este domingo fuera de las fronteras de Israel, en la región de Tiro y Sidón. En los días del Antiguo Testamento estos pueblos representaban para los israelitas el peligro de contaminación del culto y hasta el abandono de la fe. Ahora una mujer de esos lugares sale al encuentro de Jesús exponiendo a gritos su desdicha: «¡Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David! Tengo una hija atormentada por el demonio».

En el grito de la mujer se expresan dos confesiones importantes. En primer lugar, que la salvación llega a la humanidad por medio de Israel, más en concreto, a través del Hijo de David, el Mesías de Israel; en segundo lugar, que Jesús tiene poder para liberar al hombre sometido por el mal.

Al hacer estas dos confesiones, la mujer cananea nos permite reconocer el cumplimiento del anuncio sobre el amor universal de Dios que escuchamos en la primera lectura (Is 56, 1.6-7): «Yo conduciré hasta mi monte santo a los extranjeros que se adhieran a mí». Dios viene preparando a todos los hombres y mujeres para acoger y reconocer su llamada a través de Jesucristo.

A continuación de esta introducción, Mateo nos dice del silencio de Jesús y la actitud de los discípulos, similar a la del episodio de los panes: «Despide a la gente». Aquí, como en el episodio de los panes y los pescados, los discípulos no manifiestan primeramente interés por la situación de la mujer, sino que buscan sosiego. Diríamos nosotros algo así como: «Atiéndela para que se vaya y no nos fastidie más». Al responder a esta sugerencia de los discípulos, Jesús nos permite conocer de su consciencia como enviado por parte de Dios para congregar al pueblo de Israel. Hasta aquí el diálogo ha sido solo entre Jesús y sus discípulos.

Pero la mujer insiste, y ahora está postrada delante de Jesús formulándole su súplica; entonces es el Maestro quien tiene que responderle directamente. En este diálogo entre la mujer y Jesús está el contenido central del Evangelio de la misa de este domingo. Aquí hay que recoger dos temas importantes.

Consideremos, en primer lugar, la respuesta de Jesús. La comparación hijos / perros, nos puede parecer un tanto tosca; pero la intención central del evangelista (que escribe para judeocristianos) está en hacernos llegar a diferenciar dos alimentos: hay un pan para los hijos y hay otro pan para los perros. Algo así como que los israelitas y los no judíos reciben diferente comida.

¿Qué se está queriendo decir con esta diferencia de comida? Esta diferencia nos impulsa a pensar que la auténtica evangelización implica necesariamente encarnación. Partimos del hecho de encontrar y reconocer en Jesucristo al salvador de toda la humanidad, en Él halla-

mos respuesta plena y suficiente a todos los anhelos y esperanzas del ser humano, pero esta realidad de salvación se ha de encarnar en la realidad de cada destinatario, en cada historia personal. El proyecto del Reino va adquiriendo matices, realizaciones y expresiones propias en cada circunstancia social y personal, en cada tiempo histórico y en cada región.

Al pasar a considerar con atención en la respuesta de la cananea vemos que ella reconoce la diferencia planteada por Jesús en el sentido de haber dos comidas, pero la misma mujer recurre a una instancia superior y nos da a entender que estas dos comidas proceden de la mesa del amo, aquí ella ya no habla de la comida para los hijos y la comida para los perros, sino que pide ser socorrida con la comida de la mesa de los amos. De esta mesa, de la comida de los amos, es de la que ella espera una dádiva.

A esta actitud, manifestada en el planteamiento que hace la mujer, Jesús la llama: fe grande. Por su fe grande la cananea supera la discriminación étnica y empieza a vivir ya el proyecto del Reino. Por esta fe grande la mujer está haciendo que el alimento que procede de una mesa superior llegue a la realidad concreta de su situación y de manera simultánea. Por esta fe grande la mujer hace que se anticipe para ella y para su hija el fruto de la Pascua; no tiene que esperar esta cananea a que Jesús, una vez revestido de la fuerza de Dios, envíe a sus discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28, 16-20).

Elementos mistagógicos

A partir de la epiclesis de comunión, el programa narrativo de la plegaria eucarística avanza con las intercesiones que desarrollan el tema de la unidad de la Iglesia, en la cuarta plegaria eucarística: «Y ahora, Señor, acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio: de tu servidor el Papa, de nuestro obispo, del orden episcopal, de los presbíteros y diáconos, de los aquí reunidos, de todo tu pueblo santo y de aquellos que te buscan con sincero corazón». Esta

última mención es novedosa ya que en la tradición lo usual ha sido orar en la plegaria eucarística por los fieles (bautizados), mientras que en la oración de intercesión de la liturgia de la Palabra se ora por todos, de ahí el nombre de oración universal o de los fieles.

«Aquellos que te buscan con sincero corazón» se pueden entender, desde el Evangelio de este domingo, personas como la mujer cananea, en las que está actuando el amor del Padre atrayéndolas hacia Jesús: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (Jn 6, 44).

Oración de los fieles

Oremos, hermanos, a nuestro Señor Jesucristo, para que, acordándose de su promesa, escuche la oración de quienes nos hemos reunido en su nombre.

1. Para que el Señor avive el corazón de todos los cristianos y los estimule a trabajar con empeño en la salvación de todos los hombres y en el anuncio del Evangelio en toda circunstancia.
2. Para que sean desterradas todas las divisiones que separan a etnias y pueblos, y se mantengan firmes en la sociedad humana la igualdad y la justicia.
3. Para que los rechazados por la sociedad y los abandonados puedan regresar a sus hogares y para que el Señor conceda a todos, un corazón bondadoso para con los pobres y extranjeros.
4. Para que nos preparemos a la visita del papa Francisco y desde nuestro compromiso cristiano rechacemos la sociedad del descarte que discrimina y margina a los ancianos y a quienes están en situación de incapacidad.
5. Para que Dios infunda en nuestros corazones su Espíritu de caridad, a fin de que, revestidos con los mismos sentimientos de Cristo, amemos a Dios en los hermanos.

Dios nuestro, que con el ejemplo de tu Hijo nos has manifestado tu designio de salvar a todos los hombres, escucha nuestras oraciones y revístenos de los mismos sentimientos de Cristo, para que, con nuestras obras y palabras, demos siempre testimonio de tu amor fiel. Por Jesucristo, nuestro Señor.

La fe: don de Dios para descubrir su presencia y su actuar con nosotros

Los episodios del Evangelio de la misa en los anteriores domingos nos presentaron dos catequesis sobre la fe. Jesús caminando sobre el lago y salvando a Pedro era reconocido por los discípulos como Hijo de Dios; la insistencia de la mujer cananea intercediendo ante Jesús por su hija fue valorada por el Maestro como una fe grande.

En el pasaje que leemos hoy llegamos a la cumbre de esta presentación de la fe que estamos siguiendo desde hace dos domingos. La escena del Evangelio de este domingo nos invita a comprender la fe como el don de Dios que nos permite vincular el cielo con la tierra, lo humano con lo divino. Dicho de otra manera: descubrir el actuar de Dios en nuestra vida y en nuestro mundo.

En el Evangelio de este domingo se diferencian tres partes: en la primera tenemos lo que pudiéramos llamar una 'encuesta sobre los saberes previos acerca del Hijo del hombre», en la segunda nos encontramos con una felicitación de Jesús a Pedro y en la tercera hallamos un mandato de Jesús para no descubrirlo a los demás.

La encuesta de la primera parte tiene dos destinatarios, no podía ser de otra manera, pues al inicio del discurso en parábolas (Mt 13, 1-2) los que oyen a Jesús forman dos grupos: «ellos», los que están de pie en la playa y los discípulos que acompañan a Jesús en la barca desde la que Él habla a la multitud; pues ahora la encuesta busca averiguar qué se sabe sobre la identidad de Jesús en cada uno de estos grupos.

La formulación de la pregunta por el saber de la gente asocia los términos «hombres» e «Hijo del hombre»: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?». Esta formulación nos orienta hacia el misterio de la encarnación: el misterio del Hijo del hombre entre los hombres. Los ecos recogidos por los discípulos dentro de la gente reconocen al Hijo del hombre como un profeta, un hombre relacionado con las cosas de Dios, pero que quizá no tenga mucho que ver con la cotidianidad, con la vida de ellos mismos. Estas respuestas no dan razón firme de la presencia de Dios en medio de los hombres, se mencionan nombres de personajes muertos; en el paralelo lucano: «Otros dicen que resucitó uno de los antiguos profetas» (Lc 9, 19).

La pregunta sobre el saber previo de los discípulos se formula vinculando los pronombres ustedes / yo: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?». La respuesta a esta pregunta, «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo», ya había sido expresada en su sustancia al final del episodio de la caminata de Jesús (y Pedro) sobre el lago (cf. Mt 14, 33); pero ahora, en boca de Simón Pedro, se reconoce el ser y la misión de Jesús como Mesías, esto es como el Salvador esperado por Israel. La segunda parte de la respuesta, «el Hijo de Dios vivo», viene a explicar de qué salvación se trata.

El «Dios vivo» es diferente a los ídolos. El Dios vivo es el que actúa hoy con nosotros. Esta manera de comprender la salvación desde el misterio de la encarnación es distinta a lo que encontramos en la primera respuesta (la de quienes oyen parábolas desde la playa). La fe lleva al discípulo de Jesús a ser consciente del actuar de Dios en cada ser humano, en su historia y en la historia de la comunidad. La fe cristiana es mucho más que afirmar la existencia de Dios y su omnipotencia. Los discípulos, guiados por Jesús, llegan a descubrir cómo Dios está salvando aquí y ahora.

En la segunda parte del Evangelio de hoy –la felicitación de Jesús a Simón, ahora llamado también Pedro– nos revela que la fe es don de Dios, del Padre del cielo: «eso no te lo reveló la naturaleza humana,

sino mi Padre que está en el cielo». Sin embargo, este don de la fe no es solo para conocer las cosas de Dios, las del cielo; la fe, que nos lleva a descubrir el actuar de Dios en nuestra existencia al tiempo que nos revela nuestra identidad más profunda y nuestra vocación. «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22).

Notemos el paralelismo. El discípulo, llevado por el don de la fe, dice: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»; el Maestro confirma esta acción de ser conducido por el don de Dios: «Y yo a mi vez te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». De modo que el reconocimiento del actuar de Dios en la propia vida del discípulo, lo lleva al descubrimiento de su identidad más honda. Al contemplar el misterio del Verbo encarnado, el discípulo se alumbra en su identidad profunda y se despliega el horizonte de su misión.

Es muy necesario este alumbramiento en nuestros días cuando parecemos inmersos en una cultura que nos impulsa a vivir de imágenes y por ello a mostrar imágenes, a crear imágenes de nosotros ante los otros. El alumbramiento que proviene de la fe en el Hijo de Dios vivo nos descubre nuestra más honda y auténtica identidad.

La tercera parte del episodio leído, el mandato para mantener en secreto la profesión de fe del discípulo, es una especie de «gancho» para enlazar el episodio que leeremos dentro de ocho días. ¿Por qué Jesús manda guardar silencio sobre su identidad y misión?

Elementos mistagógicos

En la liturgia de la Palabra la comunidad celebrante acoge la presencia de Cristo que habla a la asamblea reunida cuando se leen los textos de la Escritura (SC 7) y mediante la profesión de fe los fieles se adhieren a esta palabra. La recitación del Credo «se orienta a que todo el pueblo reunido responda a la Palabra de Dios anunciada en las lecturas de la Sagrada Escritura y explicada por la homilía» (IGMR 67).

La fórmula del Credo que solemos recitar en la misa corresponde a un texto elaborado en concilios que buscaban precisar la doctrina frente a las herejías de los siglos III y IV: los concilios de Nicea (año 325) que refuta la herejía de Arrio negando la divinidad de Jesucristo; y de Constantinopla (año 381) que define la divinidad del Espíritu Santo. Por ello se le llama «Credo Niceno-constantinopolitano» y como se elaboró para precisar la doctrina su lenguaje resultó más teológico.

Hay una fórmula más breve llamada «Símbolo de los Apóstoles» porque se considera el compendio de la fe que predicaron los apóstoles. Este texto tiene origen en la profesión de fe durante la liturgia del Bautismo en Roma en hacia el año 200, en la que cada persona era interrogada antes de cada inmersión en el agua, de ahí que su formulación sea en singular y su lenguaje más popular.

El empleo del Credo en la celebración de la misa se fue extendiendo en la medida en que la fe del pueblo se veía amenazada por las doctrinas heréticas.

Oración de los fieles

Dirijamos, hermanos, nuestra oración a Dios Padre misericordioso, con aquella confianza filial que el Espíritu Santo ha infundido en nuestros corazones.

1. Por la santa Iglesia, para que el Señor la mantenga firme y confiada sobre la fe que proclamó el apóstol San Pedro.
2. Por los que tienen autoridad en el mundo, para que bajo su gobierno podamos vivir en paz y concordia glorificando a Cristo, el Hijo de Dios vivo.
3. Por los que persiguen a los cristianos, para que el Señor les conceda descubrir la verdad del Evangelio de Jesucristo.
4. Por el papa Francisco, para que, con sus enseñanzas durante su próxima visita, suscite en nuestros corazones el don de la espe-

ranza y del perdón que haga posible el reencuentro entre los colombianos por medio de la reconciliación.

5. Por los que estamos aquí reunidos en el nombre del Señor y por aquellos que se encomiendan a nuestra oración, para que Dios nos conceda perseverar en la fe y nos reúna un día a todos en su Reino.

Señor, Padre santo, que mostraste al apóstol Pedro la soberanía de tu Hijo, escucha las oraciones de tu pueblo y haz que nuestra fe encuentre siempre su sólido fundamento en las enseñanzas del sucesor de Pedro. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Asumir el «nuevo rumbo» también fue difícil para los primeros discípulos.

Hace ocho días terminábamos en suspenso nuestra lectura del relato del Evangelio según san Mateo; ante el reconocimiento que hizo Pedro, Jesús ordenó a sus discípulos no decir a nadie que Él era el Mesías. ¿Por qué no decir al mundo que Jesús es el Mesías? Intuimos que con esta orden de guardar silencio Jesús quiere hacer de sus discípulos sus confidentes y confiarles lo que Él viene descubriendo de su misión. El Maestro les confía que el camino de fidelidad a Dios que Él recorre lo conduce a ser rechazado y entregado a la muerte por parte de los jefes del pueblo.

Esta confianza causa desconcierto en los discípulos, es entonces cuando la narración nos comienza a develar por qué los discípulos aún no pueden ir a anunciar que Jesús es el Mesías: es preciso que antes de ir a predicar se enteren bien en qué consiste y cómo se realiza el proyecto de Dios y el mesianismo de Jesús.

En el contraste entre dos maneras de concebir la revelación y el proyecto salvífico que Dios realiza en Jesucristo -«Tus ideas no son las de Dios sino las de los hombres»- está la clave de interpretación del episodio. Vayamos al texto.

El pasaje del Evangelio que nos señala la liturgia para este domingo se divide en dos partes: en la primera tenemos el anuncio que hace Jesús sobre su destino como Mesías, es decir, su pasión, muerte y resurrección y frente a ello la reacción de Pedro; la segunda parte contiene un breve discurso de Jesús sobre el discipulado.

Es importante notar cómo en la primera parte está presente dos veces el verbo «empezar»: «empezó Jesús a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén...» y «Pedro llamó aparte a Jesús y empezó a ponerle reparos». Vemos que dentro del relato del Evangelio según San Mateo se inicia aquí una trama argumentativa que va entretejiendo el proyecto de Dios que explica Jesús y la comprensión que tienen los discípulos acerca de Dios y de la salvación.

Sacamos en claro entonces que a medida que Jesús va revelando a Dios y su proyecto de salvación, va apareciendo simultáneamente la dificultad que tienen Pedro y los demás discípulos para renunciar a la idea que se han hecho de Dios e igualmente que es necesario este cambio de mentalidad para asumir el Reino que anuncia y hace presente Jesús.

Al exponer el anuncio de su destino Jesús dice que «debe ir a Jerusalén», este «deber» o «tener que» es la forma como en muchos lugares de la Escritura se expone el proyecto de Dios o la voluntad divina. En su existencia como Verbo encarnado –Hijo de Dios hecho hombre–, Jesús realiza el plan de Dios de anunciar y hacer presente entre los hombres el Reino, esta misión de Jesús encuentra resistencia en los inmovilismos religiosos institucionales, resistencia en quienes se han hecho su propia idea sobre Dios y lo consideran siempre previsible y suficientemente conocido.

El plan de Dios o la voluntad divina no suprime o anula la responsabilidad humana, por ello quizá se presentan muchas ocasiones en que algunos, movidos por intereses humanos o por vivir de espaldas a Dios, cómodamente resultan llamando «voluntad de Dios» a situaciones de no compromiso, de inmovilismo, de «lavarse las manos».

En la primera parte del Evangelio de este domingo, aparece Pedro manifestando la idea que él se ha hecho de Dios, idea que contrasta con la revelación que hace Jesús de su misión como Mesías: «¡Jamás, Señor! Eso no te puede suceder». A esta manera de concebir al Me-

sías, Jesús la llama «ideas de los hombres», no de Dios. Recordemos que, hace ocho días, Pedro, recibiendo el don del Padre del cielo –no de la naturaleza humana– llegó a confesar que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo; entonces él era roca. Hoy, el mismo discípulo, siguiendo las ideas de los hombres, se ha convertido en piedra de tropiezo.

Obrando así, como piedra de tropiezo, Pedro hace presente aquí a las personas que creen conocer a Dios y sienten que Dios debe actuar así y así para redimirlos y su Mesías tiene que obrar así y así. Pero resulta que «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que es Dios, es quien nos lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18). La actitud de Pedro manifiesta el escándalo ante el misterio de la encarnación, ante Dios que es capaz de renunciar a su poder, ante «Dios que nos enriquece con su pobreza» (2Co 8, 9).

En la segunda parte del Evangelio de hoy, en el breve discurso a sus discípulos –a sus confidentes–, Jesús expone la caracterización de la vida permanente del discipulado: salir de uno mismo, cargar la cruz y seguir al Maestro. Esto es, asumir el estilo de vida de Jesús, gastar la vida en el proyecto del Reino que anuncia y hace presente Jesús.

Queremos destacar de esta caracterización del discípulo el «cargar su cruz». En tiempo de la cristiandad, reinterpretando la pasión de Jesús, la cruz pasó a ser una señal de la institución, de la religiosidad, el «con este signo vencerás». Pero en tiempo en que predica Jesús y en que se escribe el relato de Mateo, es decir, bajo la dominación romana –situación de pre-cristiandad– la cruz es la manera como el Imperio señala a quienes se le oponen, el ajusticiamiento de los enemigos de la «sociedad»; de modo que cargar «su» cruz implica para el discípulo estar dispuesto a ser señalado como diferente de los conformistas, a pensar y ser distinto de quienes son amigos de decir «siempre ha sido así».

Elementos mistagógicos

Tenemos tanta prisa por orar que pasa desapercibida la primera oración de la misa. Esta está conformada por un gesto y una palabra, una señal y una palabra que se complementan. En castellano estos dos elementos se llaman «santiguarse», que bien puede entenderse como santificarse.

Iniciamos la celebración de la Misa con un signo que es marca o señal de pertenencia. Los artistas (escultores, pintores) suelen marcar sus obras con una señal (firma, logotipo) y esto avala la autenticidad creativa. Para San Pablo uno de los efectos del bautismo es precisamente pasar a ser propiedad de Cristo: «Los que se han bautizado en Cristo, se han revestido de Cristo. Y si son de Cristo, ya son descendencia de Abrahán, herederos de la promesa» (Gal 3, 27 y 29). Cargar la cruz es asumir la condición de pertenecerle a la Trinidad y por ello de asumir un estilo de vida que contrasta con el del mundo.

Oración de los fieles

Pidamos, hermanos, al Señor, que venga en nuestro auxilio y, por el honor de su nombre, escuche nuestra oración.

1. Para que el Señor, que prometió estar con nosotros hasta el final de los tiempos, otorgue al mundo tiempos de paz, y así la Iglesia viva crezca constantemente, se extienda por toda la tierra y persevere con alegría en la fidelidad al Evangelio.
2. Para que el Señor, que con amor cuida de su pueblo, conceda al papa Francisco, a nuestro obispo Rubén y a todos los pastores y fieles de la Iglesia, inteligencia para ahondar en su Palabra y valentía para ser mensajeros y testigos del Reino de Dios en todo el mundo.
3. Para que el Señor, que quiere que todos los hombres se salven, conceda a nuestros gobernantes el espíritu de sabiduría y de prudencia, a fin de que rijan nuestra patria pensando en la verdadera justicia, y disfrutemos así de auténtica paz.

4. Para que el Señor, que es Padre de todos los hombres, ilumine con su luz a quienes lo buscan con sinceridad de corazón, anime la esperanza de los empobrecidos de nuestra sociedad y nos conduzca a reconocer la dignidad de cada persona.
5. Para que el Señor, que no se cansa de perdonar, nos conceda acoger la gracia de la reconciliación, para ser también nosotros artesanos de la paz; que libere a nuestra patria de toda injusticia y de cualquier forma de violencia.

Escucha, Padre santo, las oraciones de tu pueblo y renuévanos con tu Espíritu de la verdad, para que nunca nos dejemos engañar por las seducciones del mundo, sino que, como verdaderos discípulos de tu Hijo, sepamos discernir lo bueno, lo que te agrada, y carguemos con la cruz siguiendo a Cristo, nuestra única esperanza. Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

2. Celebración penitencial

Ambientación

Imagen del Hijo pródigo

Se disminuye la intensidad de la luz

Suena como música de fondo: «Vengo ante ti mi Señor»

Se encienden algunas lamparillas

Saludo inicial

En el nombre del Padre, y de Hijo y del Espíritu Santo. AMÉN

Nos hemos reunido esta tarde para celebrar juntos y acoger la misericordia de Dios. Un aspecto esencial del kerigma es la proclamación del amor misericordioso de Dios. El Dios que Jesucristo nos ha revelado es un Padre lleno de ternura que nos ama por encima de nuestros pecados y que está siempre dispuesto a recibirnos y a rehacernos en nuestra condición de hijos suyos.

¡Qué bueno poder reconocer juntos nuestra condición de pecadores e implorar juntos sobre nosotros la misericordia divina, con la esperanza de ser, de dejarnos transformar por la fuerza de la misericordia para convertirnos en promotores de la reconciliación y en artesanos de paz!

Invocación al Espíritu Santo

Esta celebración penitencial y el sacramento con el que culminará, se realiza en el poder del Espíritu Santo. Decimos en la fórmula de la

absolución: Dios Padre que derramó el Espíritu Santo para el perdón de los pecados....

Por eso, invoquemos la presencia y la acción del Espíritu Santo. Que sea Él quien abra nuestro corazón al arrepentimiento y nos disponga a acoger con gozo la realidad maravillosa del perdón de Dios.

Canto: Ven creador Espíritu u otro canto de invocación al Espíritu Santo.

Lectura del Evangelio

Escuchemos ahora la lectura del Evangelio del Hijo pródigo, o mejor del Padre misericordioso

Lc 15,11-32

Dijo Jesús: «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”. Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba.

Y entrando en sí mismo, dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros’”. Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merez-

co ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus siervos: “Traigan aprisa el mejor vestido y vístanlo, pónganle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traigan el novillo cebado, mátenlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado”. Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: “Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano”.

Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!”. Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado”».

Palabra del Señor.

Meditación

Todos tenemos algo de los diferentes personajes de esta parábola.

Todos somos o hemos sido en algún momento de nuestra vida hijos pródigos. Todos hemos sido hermanos mayores a los que nos cuesta trabajo acoger al hermano que regresa. Y todos hemos sido o debemos ser padres amorosos que tenemos que saber acoger y perdonar.

¿Por qué no probamos en esta noche con qué personaje o personajes nos identificamos más en este momento de nuestra vida?

- *EL HERMANO MENOR*

Algunos quizás nos identificamos con el hermano menor. Hemos dejado el hogar del padre, hemos preferido las criaturas a su amor infinito y pretendemos una autonomía al margen de la obediencia confiada a sus mandamientos. A fuerza de no vivir como pensamos, pudimos terminar pensando como vivimos. Hemos llegado a poner en tela de juicio las convicciones centrales de nuestra vida. Quizás no descubrimos más la Iglesia como nuestro hogar y la desdenamos porque pareciera no ofrecernos lo necesario para vivir felices. ¿Quizás hemos abandonado el agua fresca del amor y de la gracia de Dios para abrevarnos en cisternas de aguas estancadas?

Dice el Evangelio: «Empezó a pasar necesidad... le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos».

¿Hemos experimentado esta sensación de hambre? ¿De vacío interior? ¿De pérdida de la paz y de la alegría verdaderas? ¿Hemos abandonado interiormente la Iglesia, pensado que lejos encontraremos más compañía? ¿Las criaturas, en lugar de darnos lo que esperábamos, nos sumen en la codicia, en los celos y en el desasosiego? ¿Los placeres de este mundo en vez de hartarnos nos dejan más solos y hastiados?

Dice la parábola que el hijo menor decidió levantarse e irse hacia Dios. «Me pondré en camino a dónde está mi padre».

Aunque te sientas atrapado y tus motivaciones no sean todavía las más perfectas, lo que importa ahora es que en el fondo tengas ganas de volver a Dios o de darle el lugar que sólo a Él le corresponde.

Y si es posible, te ayudaría mucho que en tu interior pudieras rezar la oración de aquel joven: «Padre he pecado contra el cielo y contra ti».

Dejar unos dos o tres minutos de silencio

- *EL HERMANO MAYOR*

Pero es posible que algunos nos identifiquemos más con el hermano mayor. ¿Cuál era su problema? ¿En qué fallaba? Toda la vida había sido fiel a su padre, había estado a su lado y, sin embargo...

No había aprendido a gozar de su amor ni de la libertad que el padre le daba. Estaba con su padre, pero no se había dejado transformar por su amor. Aunque estaba con él no valoraba suficientemente su amor.

Hay personas que habiendo cumplido con sus deberes toda la vida, se vuelven sin embargo duras y un tanto amargadas y en su interior murmuran: «nadie reconoce todo lo que he hecho, los sacrificios que he hecho».

Es la actitud de quien no reconoce como recompensa suficiente y desbordante estar con el padre y al servicio de su casa.

Es el riesgo de una observancia que en lugar de hacernos misericordiosos como el Padre nos vuelve jueces implacables de los demás.

Es el drama de quien no se ha ido de la casa y, sin embargo, no vive una relación de amor con Dios y de verdadera libertad.

Es la situación de quien habiendo sido objeto permanentemente de la misericordia de Dios no se ha dejado transformar el corazón por el amor del Padre y se permite ser duro e intransigente con los demás.

Si hay algo de este hijo mayor no dejemos pasar esta ocasión para afrontarlo, aunque nos cueste algo de dolor.

Y ojalá pueda brotar de nosotros una oración como esta: «Padre, perdóname porque estando tan cerca de ti no he sabido vivir y gozar de tu amor y de la libertad que tú me das».

Se dejan dos o tres minutos de silencio

• EL PADRE MISERICORDIOSO

Aquí nos toca a todos en primer lugar reconocernos como destinatarios del amor misericordioso de Dios. Todos hemos vivido de muchas formas este Evangelio del amor misericordioso de Dios. Él nos creó como seres libres y nos llamó para que viviéramos en la libertad una relación personal de amor y de confianza. Él en su amor infinito nos ha dejado partir en un respeto profundo por nuestra libertad. Cuando nos hemos extraviado, Él nos ha buscado y nos ha esperado. Él está siempre atento al menor de nuestros gestos de arrepentimiento.

Él como al hijo mayor, no cesa de invitarnos pacientemente a ser misericordiosos como Él lo es y lo manifestó por medio de su Hijo. Él por medio de su Espíritu continuamente quiere transformar nuestro corazón de piedra en un corazón de carne capaz de amar y de ser compasivo y misericordioso.

A los ministros ordenados, el Padre celestial los ha llamado a ser íconos vivientes de su amor misericordioso. He ahí otra de las manifestaciones de su amor y de su confianza.

Él, como lo decía el papa Francisco, en la bella oración del Jubileo de la misericordia, ha querido que sus ministros estuvieran revestidos de debilidad, para que sintieran sincera compasión por los que se encuentran en la ignorancia o en el error, de modo que quienes se acercan a ellos se sientan esperados, amados y perdonados por Dios.

Pero, ministros consagrados y laicos, cuántas veces, quebrantamos la bella vocación a la misericordia. Cuántas veces, en lugar de buscar a quien se aleja o yerra, lo juzgamos con dureza; cuántas veces no somos los brazos abiertos del Padre para acoger; cuántas veces no ayudamos a experimentar a quien se acerca arrepentido, que hay alegría en el cielo por su causa. ¿Tiene límite el perdón al que estamos llamados a conceder a nuestros hermanos, a los guerrilleros, a los paramilitares, a los que nos han hecho daño?

Por todo esto, debemos pedir perdón al Señor diciendo: «Padre, per-

dóname porque no he sido siempre imagen viva de tu amor compasivo y misericordioso».

Dejar dos o tres minutos de silencio

Súplica comunitaria de perdón

Reunidos como hermanos reconozcámonos con humildad, pecadores e imploremos la misericordia divina

- Porque no siempre vivimos en la admiración y la alegría ante el don de tu amor.

R/ Oh Señor escucha y ten piedad

- Porque a veces te abandonamos a ti, fuente de agua viva.
- Por nuestras rigideces e intransigencias con las que hemos escandalizado a tu santo pueblo fiel.
- Por nuestra incapacidad para alegrarnos con quien regresa.
- Porque no siempre estamos dispuestos a volver a ti de todo corazón y caemos en la tibieza.

Canto penitencial

Padre nuestro

Y ahora, sintiéndonos profundamente solidarios tanto en la gracia como en el pecado, acudamos a nuestro Padre con toda confianza: Padre Nuestro...

Sacramento de la reconciliación

3. Celebración mariana (2 de septiembre)

Monición inicial

Hoy llegó a nuestra Iglesia catedral el cuadro de Nuestra Señora que se renovó milagrosamente en Chiquinquirá. Su imagen permanecerá entre nosotros durante los días de la visita del papa Francisco a nuestra patria. Queremos acogernos a su intercesión para que la visita apostólica del sucesor del apóstol Pedro produzca abundantes frutos y nos ayude a dar el primer paso, en este momento de nuestra historia, hacia la construcción de una sociedad reconciliada, más justa, fraterna y solidaria y hacia una renovación de nuestro compromiso evangelizador.

Vamos a unirnos al gozo de nuestra Iglesia por la presencia en nuestra ciudad de aquella a quien reconocemos amorosamente como la Reina de Colombia y a poner entre sus manos la visita del querido papa Francisco.

Entronización de la Santísima Virgen María

Se prepara una imagen de la Santísima Virgen María para ser entronizada solemnemente en procesión por en medio de la Iglesia. Se aconseja que en la medida de lo posible sea una imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Puede ser, por ejemplo, una reproducción del cuadro, puesta sobre un retablo sencillo o elevada a manera de estandarte. Podría ser también la imagen que se venera en cada templo parroquial.

Se ubica antes de iniciar la celebración la imagen dispuesta en la puerta de la Iglesia con dos ciriales.

Se hace la entronización por en medio de la Iglesia mientras se entona el canto Reina de Colombia.

Se ubica la imagen entronizada en un lugar bien visible para la Asamblea.

Liturgia de la palabra

Lectura de la profecía de Sofonías 3,14-18

¡Grita de alegría, hija de Sión! ¡Aclama, Israel! ¡Alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén! El Señor ha retirado las sentencias que pesaban sobre ti y ha expulsado a tus enemigos. El Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti: ya no temerás ningún mal. Aquel día, se dirá a Jerusalén: ¡No temas, Sión, que no desfallezcan tus manos! El Señor, tu Dios, está en medio de ti, es un guerrero victorioso! El exulta de alegría a causa de ti, te renueva con su amor y lanza por ti gritos de alegría, como en los días de fiesta. Yo aparté de ti la desgracia, para que no cargues más con el oprobio.

Palabra de Dios.

SALMO Is 12, 2-3. 4bcd. 5-6 (R.: 6b)

R. *¡Es grande en medio de ti el Santo de Israel!*

Este es el Dios de mi salvación:
yo tengo confianza y no temo,
porque el Señor es mi fuerza y mi protección;
Él fue mi salvación.

Ustedes sacarán agua con alegría
de las fuentes de la salvación. **R.**

Den gracias al Señor, invoquen su nombre,
anuncien entre los pueblos sus proezas,
proclamen qué sublime es su nombre. **R.**

Canten al Señor porque ha hecho algo grandioso:
¡que sea conocido en toda la tierra!
¡Aclama y grita de alegría, habitante de Sión,
porque es grande en medio de ti
el Santo de Israel! **R.**

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los romanos 12, 9-16b

Hermanos:

Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrese en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad. Bendigan a los que los persiguen, bendigan y no maldigan nunca. Alégrese con los que están alegres, y lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros, no quieran sobresalir, pónganse a la altura de los más humildes.

Palabra de Dios.

Aleluia.

Feliz de ti, Virgen María, por haber creído
que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor.

Aleluia.

EVANGELIO

¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme?

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según San Lucas 1,39-56

María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Apenas esta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: «¡Tú eres

bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor.»

María dijo entonces: «Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: isu Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre».

María permaneció con Isabel unos tres meses y luego regresó a su casa.

Palabra del Señor.

Breve homilía

Algunos elementos que podrían ser incorporados en esta homilía:

Nuestro Dios no es un Dios lejano, sino que se acerca lleno de misericordia para acompañarnos en el camino hacia Él. Esta presencia suscita el gozo de su Pueblo y la alabanza (Cf. Salmo responsorial).

El Señor de hace presente en nuestras vidas de diversas formas: a través de su Palabra y de sus sacramentos, en el interior de cada uno por su Espíritu Santo y también por medio de las personas que nos rodean. En la visitación, la Virgen María al llevar a Jesús en su seno se

convirtió en signo de la presencia de Dios para Isabel y para la criatura que llevaba en su seno.

María también nos visita hoy con su cercanía maternal y con el poder de su intercesión en favor de nosotros.

El Señor también se hará presente en la persona del papa Francisco quien con su testimonio de vida y su palabra será representación sacramental de Jesucristo en medio de nuestra Iglesia y de nuestro país.

Cada uno de nosotros debe también hacer presente a Dios viviendo como lo pide el apóstol Pablo en la segunda lectura de hoy: Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos...

Si así lo hacemos, estaremos dando el primer paso hacia la Iglesia que el Señor quiere y nuestra ciudad necesita y hacia una sociedad reconciliada, justa, solidaria, que cuida de la creación y, por lo tanto en camino hacia una paz estable y duradera.

Momento de acción de gracias

Presidente: El Señor está en medio de nosotros y con su presencia nos colma siempre de alegría, para expresarle nuestra gratitud y manifestar nuestro gozo, unámonos al canto de María, repitiendo juntos después de cada aclamación: *El Señor hizo en mí maravillas, ¡Gloria al Señor!*

L./ Gracias Señor por tu amado hijo Jesucristo, a quien enviaste para revelarnos la grandeza de tu amor y redimirnos.

L./ Gracias Señor por nuestra Madre María Santísima que con su amor maternal y su poderosa intercesión nos ayuda a permanecer unidos a Jesús.

L./ Gracias Señor por la Iglesia que es la familia de los hijos de Dios y en la cual encontramos todos los medios para llegar a Ti.

L./ Gracias Señor por el papa Francisco quien con su vida y con su palabra nos invita constantemente a ser más fieles al Evangelio.

L./ Gracias Señor por nuestra Arquidiócesis de Bogotá, por el nuevo rumbo que ha emprendido para ser más fiel a la misión que tu Hijo le ha encomendado.

L./ Gracias Señor por enviarnos en el hoy de nuestra patria y de nuestra ciudad a ser testigos de la misericordia y a ser artesanos de la reconciliación, el perdón y la paz.

De acuerdo con las circunstancias se podría invitar a que los fieles añadan otros motivos de acción de gracias.

Canto mariano

Momento de súplica

Presidente: La visita del papa Francisco es ya inminente. En unos días estará en medio de nosotros. Confiemos su visita a la intercesión de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona y reina de Colombia. Elevemos nuestras plegarias al Padre celestial. Que la llena de gracia interceda por nosotros.

L./ Para que la visita del Santo Padre Francisco nos ayude a todos los discípulos misioneros de Jesucristo en nuestra patria a renovar nuestra adhesión al Señor y a su proyecto del Reino.

Después de cada petición se podría poner un cirio encendido frente a la imagen de la santísima Virgen María.

L./ Para que la visita del papa Francisco avive en nuestros corazones el amor y haga de nosotros testigos más creíbles de su misericordia en medio de nuestra ciudad región.

L./ Para que el mensaje del Santo Padre nos ayude a superar la polarización y a unirnos como colombianos en la búsqueda del bien común.

L./ Para que siguiendo a Jesucristo demos en este momento de nuestra historia para construir algo nuevo: una sociedad reconciliada, más justa y fraterna y que cuide de la creación.

L./ Por los que sufren y se sienten agobiados para que la visita del papa Francisco les traiga consuelo.

De acuerdo con las circunstancias se podría invitar a que los feligreses presenten otras peticiones.

Oración por la visita apostólica del papa Francisco

Oración conclusiva dirigida a la Santísima Virgen María

Oh Virgen, bella flor de nuestra tierra,
envuelta en luz del patrio pabellón,
eres tú nuestra gloria y fortaleza,
madre nuestra y de Dios.

En burda tela avivas tu figura con resplandor de lumbre celestial,
dando a tus hijos la graciosa prenda de la vida inmortal.

Orna tus sienes singular corona de gemas que ofreciera la nación,
símbolo fiel del entrañable afecto y del filial amor.

A Ti te cantan armoniosas voces y te aclaman por Reina nacional
y el pueblo entero jubiloso ofrenda el don de su piedad.

Furiosas olas a la pobre nave contra escollos pretenden azotar;
tu cetro extiende y bondadosa calma las olas de la mar.

Brote la tierra perfumadas flores que rindan culto a tu sagrado altar;
prodiga siempre a la querida patria los dones de la paz.

A Ti, Jesús, el Rey de las naciones,
a quien proclama el corazón por Rey,
y al Padre y Padre y al Espíritu se rinda gloria, honor y poder.
Amén.

Bendición final

Se recuerda a los fieles que al llegar a las casas enciendan un cirio y pongan la bandera pontificia como signo de acogida al papa Francisco

4. Adoración eucarística (Víspera de la llegada del papa Francisco - 5 de septiembre)

Monición inicial

Nos hemos reunido como comunidad de creyentes ante Jesús Sacramentado para dar gracias por la visita del papa Francisco que en pocas horas pisará nuestro suelo colombiano. También queremos orar para que la presencia del sucesor de Pedro nos colme de la alegría del Evangelio y nos anime a seguir consolidando los caminos de la paz y la concordia entre todos. Hagamos de estos minutos de adoración, un momento de comunión con las intenciones del papa y abramos nuestros corazones, para que a través de cada palabra y gesto del papa Francisco, el Señor haga germinar muchos frutos.

Exposición del Santísimo Sacramento

Canto

Incensación

Aclamación

Bendito y alabado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar (3 veces).

Presidente: ¡Oh Dios!, que en tu providencia quisiste edificar tu Iglesia sobre la roca de Pedro, príncipe de tus apóstoles, mira con amor a nuestro papa Francisco, y tú que lo has constituido sucesor de san Pedro, concédele la gracia de ser principio y fundamento visible de la unidad de fe y de comunión de tu pueblo. Por nuestro Señor Jesucristo.

Lectura del profeta Isaías (43; 18-19.)

«No recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan? Abriré un camino por el desierto, ríos en tierra seca».

Palabra de Dios

Primer momento de meditación: ESPERAR

Lector 1: Las palabras del profeta Isaías han querido ser la iluminación bíblica que acompaña esta visita apostólica del papa Francisco a nuestro país. En ellas se nos invita a abrir nuestra mirada a la novedad permanente del obrar de Dios. Solo quien se ha dejado tocar por la esperanza entiende lo que significa estar atento a las acciones de Dios en medio de los hombres. El papa Francisco ha expresado de muchas maneras que el mundo necesita de esta esperanza para superar las terribles consecuencias del odio, la división y la deshumanización.

Lector 2: El papa nos dice en la *Evangelii Gaudium* (86): «En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza... estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, tras pasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!».

Meditemos en silencio

Presidente: Te damos gracias por el papa Francisco, y te suplicamos que su visita a Colombia sea un tiempo de bendición, que nos confirme en la fe y nos ayude a dar el primer paso, para comenzar con Cristo algo nuevo en bien de todos los colombianos.

Canto

Segundo momento de meditación: ALEGRARSE

Lector 1: Cuando esperamos a una persona que significa mucho en nuestra vida experimentamos sentimientos muy positivos, entre ellos la alegría. En estos momentos cuando se aproxima la llegada del papa Francisco pidamos al Señor nos conceda el gozo que inflame el corazón para acoger a su enviado. Vivamos con inmensa alegría la presencia de quien en nombre de Jesús nos invita permanentemente a tener el coraje de la fe y la audacia de los discípulos misioneros.

Lector 2: El papa Francisco nos dice en *Evangelii Gaudium* (21): «La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeños (cf. Lc 10,21). Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá».

Meditemos en silencio

Presidente: Suscita en nuestros corazones esperanza, perdón, amor y paz, para que con la ayuda de tu Espíritu hagamos posible el reencuentro entre los colombianos por medio de la reconciliación.

Canto

Tercer momento de meditación: EVANGELIZAR

Lector 1: La visita del papa Francisco es buena noticia, es evangelizadora. En su persona podemos identificar al discípulo misionero, que desde la humildad y seguridad que irradia, comunica una experiencia de encuentro y contemplación de Jesús, Evangelio del Padre. Que la experiencia de estos días junto al sucesor de Pedro, agudice, renueve

nuestro discipulado y nos motive a ser evangelizadores en medio de nuestras comunidades.

Lector 2: El papa Francisco nos dice en *Evangelii Gaudium* (264): «¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, “lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos” (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás».

Meditemos en silencio

Presidente: Te suplicamos, Padre de bondad, que, por intercesión de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá-, esta visita del papa Francisco, nos abra la mente y el corazón al Evangelio de Cristo nuestro Señor.

Canto

Preces

Presidente: Elevemos nuestras súplicas al Señor, quien por medio de Pedro y sus sucesores nos ha confirmado en la fe y sostiene nuestra esperanza a través de todos los tiempos. Escucha a tu Iglesia, Señor.

- Por el papa Francisco para que la acción del Espíritu Santo sobre él siga siendo fermento del Reino en medio de la Iglesia y en el mundo entero a donde llega con su mensaje. Oremos.
- Por el buen desarrollo de la visita del papa a Colombia, para que abriendo nuestra mente y corazón podamos acoger sus palabras

y sus gestos como buena noticia y nos anime a dar el primer paso a algo nuevo. Oremos.

- Por todos los voluntarios que participarán en la organización de la visita, para que el Señor los fortalezca y bendiga su disponibilidad y entrega. Oremos.
- Por todo el pueblo colombiano, para que por medio de la visita del papa Francisco nos sintamos animados en la consolidación de caminos de paz y reconciliación, a partir del encuentro con Jesucristo, Príncipe de la Paz. Oremos.

(Se pueden agregar otras intenciones)

Presidente: Con la confianza que nos da ser hijos de Dios, dirijamos nuestra plegaria pronunciando las palabras que el mismo Jesús nos enseñó para orar a nuestro Padre.

Padre Nuestro. *(Se puede cantar)*

Bendición y reserva


Incensación

Aclamación

Bendito y alabado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar. (3 veces).

Bendición

Presidente: ¡Oh Dios! que en este sacramento admirable nos dejas-te el memorial de tu pasión; te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.



Bendito sea Dios
Bendito sea su santo nombre
Bendito sea Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre
Bendito sea el santo nombre de Jesús
Bendito sea su sacratísimo corazón
Bendita sea su preciosísima sangre
Bendito sea Jesucristo en el santísimo sacramento del altar
Bendito sea el Espíritu Santo consolador
Bendita sea la madre de Dios María Santísima
Bendita sea su santa e inmaculada concepción
Bendita sea su gloriosa asunción
Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre
Bendito sea san José su castísimo esposo
Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos

Canto final y reserva

